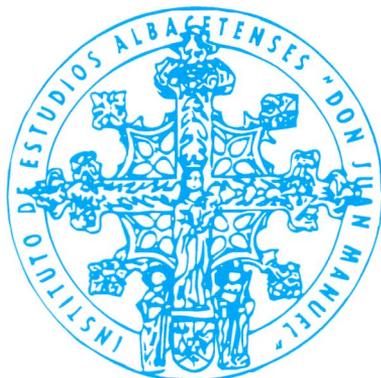


البيط

AL-BASIT

REVISTA DE ESTUDIOS ALBACETENSES



TERCERA ÉPOCA • AÑO XXVI • NÚMERO 45 • DICIEMBRE 2001

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR:

RAMÓN CARRILERO MARTÍNEZ

Director del Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel"

CONSEJEROS:

LUIS G. GARCÍA-SAÚCO BELÉNDEZ
ISABEL MOLINA MONTEAGUDO
FRANCISCO MENDOZA DÍAZ-MAROTO
JULIÁN DE MORA MORENO
ANTONIO MORENO GARCÍA
CARLOS PANADERO MOYA
MIGUEL PANADERO MOYA
AURELIO PRETEL MARÍN
JOSÉ SÁNCHEZ FERRER
ALFONSO SANTAMARÍA CONDE
JAVIER LÓPEZ PRECIOSO
ANTONIO SELVA INIESTA
ALONSO VERDE LÓPEZ

Editor científico:

Instituto de Estudios Albacetenses de la Excm. Diputación Provincial de Albacete

Dirección y Administración:

Callejón de las Monjas, s/n. - 02005 Albacete

Dirección Postal:

Apartado de Correos 404 - 02080 Albacete

Cuenta corriente:

Caja Castilla La Mancha, n.º 2105 1000 22 0140520395

Periodicidad: Semestral

Precio de suscripción anual: 1.600 pts. / 9,62 euros + I.V.A.

Número suelto: 1.000 pts. / 6,01 euros + I.V.A.

Canje:

Con todas las revistas científicas o culturales que lo soliciten

* * * * *

AL-BASIT no se solidariza ni identifica necesariamente con los juicios y opiniones que sus colaboradores exponen, en el uso de su plena libertad intelectual.

CUATRO ROJOS. LA SENSIBILIDAD EN LA MEMORIA DE UN GRUPO DE COMBATIENTES

Pedro Oliver Olmo

“Todos aquéllos, los de entonces, pertenecíamos a un futuro que todavía no llega... Por eso no nos han perdonado. Porque perteneciendo a un futuro remoto estamos todavía aquí”¹.

1.- LAS RECURRENCIAS Y LAS QUERENCIAS DEL HISTORIADOR

Es éste un trabajo abierto, porque crecerá el hontanar de voces que dan sentido a sus objetivos de más largo alcance. Es una reflexión que se adentra en el terreno de la subjetividad, la mía propia y la de las fuentes orales que he ayudado a construir. Habla de combatientes albacetenses en la Guerra Civil y en la guerrilla antifranquista. También hablan ellos. Tres comunistas y otro que tal vez no lo fue nunca. Cuatro *rojos*. Es un estudio que retomo ahora aunque empezó a ser posible hace algunos años, a principios de los noventa. He recuperado aquella intención. Entonces, cuando era un historiador principiante y un alumno de doctorado, buscaba en los recuerdos de nuestros mayores las motivaciones y las actitudes que les llevaron a combatir y a poner en peligro sus vidas por la defensa de unas ideas. Quería hacer otras lecturas de la Guerra Civil y de la lucha armada contra el Franquismo, pero sobre todo buscaba estudiar la racionalidad y también la sensibilidad de los discursos y las prácticas belicistas. Pretendía entresacar de mis informantes algunas claves de la naturaleza humana, para saber qué pasa por la mente de un hombre que aún ideología y necesidad en un frente de batalla, cuando desafía a la muerte. Además de lo que pudiera añadir al conocimiento de aquellos episodios, mis preguntas eran muy clásicas. Quería saber por qué se matan los hombres entre sí y qué sienten al vivirlo y al recordarlo.

Comprendí que para avanzar con cuestiones tan trilladas había que recorrer el camino de lo real y más aún de lo intangible, y por eso me pre-

¹ Texto escogido de la novela del combatiente y brigadista internacional Juan Miguel de Mora, *Sólo queda el silencio*, Daga editores, México, 2000, p. 52.

gunté si no sería bueno intentar averiguarlo yendo a esas situaciones límite que se han dotado de legitimidad. En estas páginas se escucha la voz ajada de quienes en tiempo de guerra eran jóvenes y se hicieron o los hicieron comunistas². No son historias de vida, pero hablan de la existencia y del constante modular de la memoria de aquellos hombres. Tienen otra particularidad que ahora se me antoja muy significativa: las entrevistas se realizaron allá por 1992, cuando había caído el muro de la vergüenza y se hizo añicos el totalitarismo soviético. Y cuando en los ojos avispadados de aquellos abuelos sinceramente comunistas, estaban muy presentes y les dolían las imágenes televisivas de las multitudes que arrastraban por los suelos los iconos del llamado Socialismo Real. Aparecieron por su boca sonidos y palabras que salían con dificultad. Expelían los bucles de una memoria juvenil y de unos sueños que aunque disipados todavía sonaban utópicos. No obstante la perplejidad y hasta cierto numantismo en parte doctrinariamente ortodoxo y a la vez crédulo, para este entrevistador, lo más meritorio de los cuatro *rojos* era que conservaban el amor a esas viejas pasiones que jamás se derrumban en el corazón de las personas justas, las que luchan y a veces rabian por una humanidad con un futuro mejor y más armonioso: la rebelión contra toda indignidad y explotación, y el corazón abierto a un internacionalismo quizás ahora más libre y redivivo, sea cual sea el modelo injusto de orden mundial en curso.

2.- LA FUENTE ORAL Y EL PERFIL DE LAS MEMORIAS

Este artículo escruta fundamentalmente las posibilidades de la fuente oral -eso sí- apoyada por otro tipo de documentos, sobre todo hemerográficos. Salta a la vista la liviandad de este *corpus* de fuentes orales, pero se podrá ver que está cargado de pistas sobre las actitudes de un tiempo corto especialmente asombroso, una época que a quienes no la vivimos se nos hace casi imposible imaginar. La mayoría ya somos hijos de un tiempo audiovisual y por eso tenemos una imagen de aquella época teñida por el blanco y negro de las primitivas cámaras de reproducción, con figuras animadas por un movimiento rápido, irreal, trepidante e incluso paradójicamente cómico. Ciertamente, también hay imágenes nuevas, las que se han ido produciendo por un cine más sofisticado que sin duda nos acerca algo mejor al ambiente de aquel tiempo (afortunadamente hay películas documentales muy logradas, como la recientísima de Javier Riollo sobre los voluntarios internacionales de la Guerra Civil y la División Azul). Pero

² Las cintas grabadas están depositadas en el IEA "Don Juan Manuel".

sabemos que, en general, las películas de ficción histórica están irremediablemente desnaturalizadas y musicalizadas hasta el punto de restarles su halo trágico, a veces, en aras de un humor por cierto muy didáctico y catártico (véase *La Vaquilla*). No olvidemos que en las guerras no suena la banda sonora que embellece y acompaña al arte cinematográfico. En el combate y en los largos tiempos de espera y vigilancia en las trincheras o en los escondrijos de la guerrilla, no hay música, ni el tiempo transcurre de la misma manera.

Esa percepción, y ese juego virtual con representaciones presentistas de un pasado trágico y doloroso que estaba abierto a otros futuros, la tenemos muy interiorizada. Nos la encontramos dentro si la buscamos huyendo de la extrañaza que pueda provocarnos. Es propia de quienes también somos hijos de un tiempo de consensuado silencio, el que ha construido en el inconsciente colectivo la fábula de la guerra fratricida, la interpretación falsaria de un pasado que se pretende enterrar del todo ora eludiéndolo ora estudiándolo desde los estándares democráticos hoy dominantes, haciendo un viaje desde nuestra realidad hacia nuestra realidad, tomando al pasado como pretexto y como tributo a la cultura de satisfacción del presente. Posiblemente, sólo conseguiremos amortiguar este ruido de la comunicación histórica, aunque no lo disipemos totalmente, escuchando los testimonios de quienes pueden recordar aquellos acontecimientos, e intentando aprehender todo lo que podamos de las mentalidades que salpicaron aquel enfrentamiento, en un diálogo entre el ayer y el hoy desde los recuerdos, realizando un viaje histórico con quienes más fácilmente pueden hacerlo. Porque esos hechos y aquellas actitudes tuvieron lugar aquí, y tal vez sigan sucediendo dentro de los cada vez más envejecidos y minorizados supervivientes, en la profundidad de sus conciencias, en la memoria de quienes después han vivido lo que la mayoría denomina transición democrática y sin embargo, en su discurso, sin entusiasmo, ellos prefieren llamar “reconciliación nacional”.

He seguido los consejos de un gran historiador de la oralidad, Ronald Fraser³. Y he aprendido mucho de otros técnicos de la metodología oral. Por eso me centré en unos testimonios fáciles, absolutamente entregados al quehacer del historiador oral, tal vez porque esas personas sentían como nadie la urgencia de este tipo de trabajos, o quizá porque la historiografía es otra de las facies de la lucha, ésa que nunca olvidaron y que virtualmente jamás abandonaron. A la altura de 1992, la mayoría de ellos parti-

³ Fraser, R., “La formación de un entrevistador”, *Historia y fuente oral* (3), 1990, pp. 129-150.

cipaba o de alguna manera colaboraba con iniciativas historiográficas. Eran escritores de artículos y autores de memorias que también he tenido en cuenta al interpretar sus voces. En realidad, eran muy conscientes de ser testigos vivos del pasado. Sabían que eran fuentes para la historia. Por eso se esforzaban al recordar los hechos e interpretar los procesos. Se observará que casi todos responden a uno de los perfiles del militante político, el que prioriza el yo colectivo sin desdeñar su propia experiencia. Tampoco hacen ascos a quienes les preguntamos sobre sentimientos pasados y hasta de futuro. Si alguien piensa con desdén que estos abuelos sólo saben hablar de batallas, aquí encontrarán una refutación evidente y jugosa. La sensibilidad está en sus memorias y nunca la desprecian. Cuando hablaban estaban tan vivos como lo estuvieron siendo combatientes. En el paradigma vertical de la memoria consciente deducimos que siempre perdieron batallas, y que -no obstante las nueva derrotas, aunque siempre polemizando entre ellos- siguieron diciendo lo que interiorizaron cuando jóvenes: “hay que seguir la guerra de otra manera”.

En 1992 tres de los entrevistados seguían siendo militantes o afiliados comunistas. Habían tenido responsabilidades políticas y militares durante la guerra y también después, en la clandestinidad y en el periodo de transición al régimen democrático. Con subjetividades distintas, como veremos, un análisis de sus frecuentes teorizaciones políticas sobre lo vivido nos ilustra el perfil de una militancia en parte heterónoma del discurso oficial. Es el suyo un discurso autojustificador, pero tiene la impronta de un pasado que les obligó muchas veces a estar solos y en peligro. Lanzan esa voz firme y segura que suele salir de la boca de los vencidos que han puesto en alto precio su conciencia. Porque frente a la “conciencia ambigua” de los vencedores, son éstos, los derrotados, los que “tienen mayor esperanza en un proyecto colectivo”⁴. En cuanto al cuarto testimonio -que se utiliza como contrapunto en muchas cuestiones- a pesar de su destacado papel militar en la contienda, no ha militado nunca en partidos políticos, aunque sí en sindicatos durante la guerra, un compromiso que a veces olvida, o que, aunque nunca niega, no asume con convencimiento, respondiendo al prototipo adaptativo de una militancia que no se asume al recordar, una especie de víctima del destino. Los tres militantes participaron en la elaboración de un libro sobre la his-

⁴ Cf. Vilanova, M., *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*, Antoni Bosch, Barcelona, 1986, p. 14.

⁵ *Los comunistas en la historia de Albacete 1920-1979*, obra colectiva prologada por el profesor David Ruiz en el que escriben historiadores y protagonistas de las etapas estudiadas.

toria del PCE en Albacete⁵. Conocían bien la historiografía y querían colaborar para que se escribiera la historia pequeña, la de su pueblo o ciudad, la de la organización juvenil que muy pocos han conocido, la del partido y la de su siempre “modesta” contribución militante. La memoria individual de estos entrevistados se entrecruza con la colectiva, con los mitos y sus evoluciones, con esos rasgos y acontecimientos del pasado que han cristalizado en la memoria colectiva. Actúan sobre sus relatos como un médium que les lleva a narrar su experiencia vivida en términos de representaciones colectivas y sociales, a través de las cuales han encontrado su “identidad social”⁶.

Aquí no pretendo historiar unos hechos, pero de algunas entrevistas podría entresacarse datos veraces y rigurosos sobre episodios de la contienda (verbigracia, del avance de los franquistas hacia Vinaroz, o acerca de la vida cotidiana durante la guerra en Albacete, en Tarazona de la Mancha y en San Pedro). Lo mejor de todo esto es que con la fuente oral se puede escribirse una gran historia, la de las sensibilidades colectivas de unos años que -a través de un archivo de la palabra- es posible grabar para siempre. El hecho histórico es ambivalente. Tiene una dimensión objetiva pero es también una producción historiográfica. Por eso la historia es lo que el historiador construye. Hablan los hechos y los valores de un pasado sólo cuando apelamos a ellos: “No se puede hacer historia si el historiador no llega a establecer algún contacto con la mente de aquellos sobre los que escribe”⁷. Para el propósito del historiador de estos asuntos, aunque recurra a otro tipo de fuentes de la época, nada puede resultar más accesible (y no por ello fácil) que contactar con la mente de quienes recuerdan sus ideas y sensibilidades de entonces; sumergiéndonos además en el profundo mundo de la memoria, buscando en ella palimpsestos de recuerdos ya modelados con los años, por las evoluciones, revisiones y reescrituras políticas de la historia del colectivo, la memoria nacional, y el saber que sobre aquellos tiempos difunden la historiografía, los media, el cine, y hasta los proyectos de futuro, como veremos.

La metodología utilizada ha sido la conocida como entrevista

⁶ A partir de un ejemplo concreto Chanfrault analiza el papel de medium de los mitos, entre la experiencia y el inconsciente individual y las representaciones colectivas; la cristalización en la memoria de “rasgos relevantes” o de hechos que se organizan simbólicamente; así como la construcción de mitos individuales, todos ello detectable en las narraciones de lo vivido: vid. Chanfrault, M. F., “Mitos y estructuras narrativas de vida: La expresión de las relaciones sociales en el medio rural”, *Historia y fuente oral* (núm. 4), 1990, pp. 11-21.

⁷ Cf. Carr, E. H. *¿Qué es la historia?*. Ariel, Barcelona, 1987, p. 69.

semi-estructurada de final abierto⁸. La flexibilidad de la misma, aunque se hiciera hincapié en las cuestiones que más interesaban, me ayudó a descubrir nuevos centros de interés sobre las mentalidades de aquellos combatientes (por ejemplo, acerca de la percepción individual-colectiva de la imagen del enemigo, y su modelación política con el tiempo). Sabemos que en el relato de los hechos del pasado, a través de la voz, el tiempo se descompone, se fragmenta horizontal y verticalmente. Ocurre de modo horizontal cuando se ciñe el discurso al discurrir de los acontecimientos o al utilizar mitos temporales. Y de forma vertical al relacionar el pasado con la contemporaneidad⁹. Aquí se trabajan los dos niveles, haciendo hincapié en los aspectos subjetivos, colectivos y personales del tiempo fragmentado en su verticalidad, para tener acceso a las vivencias actuales de las actividades políticas de entonces, del hecho real de la guerra, de sus particularidades e identidades personales y simbólicas, pues hablamos de un colectivo de combatientes politizados.

3.- SEMBLANZAS DE JOSÉ CALDERÓN, EZEQUIEL SAN SOSÉ, ANDRÉS M^a PICAZO Y JUÁN LÓPEZ.

Con aquellas cuatro largas y ricas entrevistas buscaba posibilidades interpretativas, pero está muy claro que no pretendía la representatividad. Lógicamente, es una muestra pequeñísima. Pero muy reveladora. Se trata de un grupo más o menos homogéneo que tiene un contrapunto. En efecto, con la excepción de un comisario de las Brigadas Internacionales que no se sintió conscientemente estructurado en el marco político que tuvieron esas unidades militares, las entrevistas se realizaron a quienes entonces se hicieron y después siguieron siendo comunistas. Los testimonios responden al perfil que se buscaba. Tres de ellos eran combatientes comunistas que con mayor o menor intensidad militante siguieron los debates internos de una organización, el PCE, que siempre fue su referencia política desde la guerra.

Tampoco me preocupa cuantificar las fuentes orales, aunque de alguna manera lo hago con el léxico que emplean los entrevistados (es una cuantificación semántica que ayuda a interpretar el horizonte de percepciones y auto-imágenes que cada uno de los entrevistados se ha ido creando). Un

⁸ Hammer, D.; Aaron, W., "La entrevista semi-estructurada de final abierto", *Historia y fuente oral* (4), 1990, pp. 23-61.

⁹ Vid. Portelli, S., 1989: "Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli", *Historia y fuente oral* (1), 1990, p. 23.

estudio más general y completo tendría que abrirse mucho más, debería llegar a los recuerdos de los desertores escondidos en ambas retaguardias, a los que colaboraron con unos y con otros, a los socialistas, a los anarquistas y asimismo a aquellos otros combatientes que se enrolaron en la División Azul y también sintieron en su ser la mezcla de actitudes que generaban tanto el fluir de las ideas como el peso de las realidades adversas, los miedos, la tierra levantada por las bombas, la violencia y la vida cotidiana preñada de incertidumbres, esperanzas y derrotas.

El primero de ellos destacaba por su bonomía de carácter y por la ponderación de sus ideas políticas. Era José Calderón Salmerón y cuando recuerdo algunos de sus relatos todavía me conmuevo. Pertenece a las Juventudes Socialistas de su pueblo, Orihuela, desde que principió la II República. Tenía 20 años y era militar profesional cuando comenzó la Guerra Civil, en Cartagena. Se daba a la pluma desde entonces y colaboró en distintos periódicos cuando ya era un auténtico albacetense de adopción. Por culpa de la guerra no pudo terminar los estudios de perito mercantil, pero gracias a ella se hizo comunista, atraído por la filosofía que el PCE propugnaba sobre la forma de organizar la lucha militar. Fue escalando puestos militares durante la contienda, desde la primera actuación -precisamente en la "recuperación de Albacete"-, hasta que dirigió accidentalmente una brigada en los momentos de su detención, en 1938.

Calderón sabía de acusaciones de espionaje, de guerrilla urbana y sobre todo de la vida carcelaria en el franquismo. Veinte largos años de prisión, con dos meses de angustia por estar condenado a muerte, proyectaban sin que él lo pretendiera una fortísima impresión sobre cualquier entrevistador. Solía decir que le había tocado vivir "una época de fuertes dogmatismos", para acto seguido afirmar sin vanidad: "creo que soy de los más lúcidos de los que quedamos". Ciertamente, es justo reconocer su tendencia a la autocrítica política, aunque la solapaba conscientemente con el dolor por la forma y los resultados de los últimos cambios, los del fin del comunismo soviético. En la entrevista vemos a un hombre que busca y reelabora su propia identidad desde la reescritura de la historia colectiva, resituándola, pero sin querer distanciarse; en consonancia con las ideas-fuerza del colectivo en el presente.

Lógicamente, cuando José Calderón se casó, ya era algo mayor. Fueron veinte años de presidio y sin embargo salió íntegro, con una lucidez admirable. Me dijo que estuvo "descansando" políticamente hasta que se reincorporó al PCE en 1973. Llegó a ejercer como concejal en la primera

corporación democrática, la del pacto de comunistas y socialistas. Fue un hombre muy respetado, incluso por sus enemigos políticos. En su testimonio se nota que es el que más proyecta, al recordar, el llamado efecto telescopio de la memoria; desde la altura de sus 76 años, los que tenía en 1992, decía: “recuerdo la guerra civil con mucha claridad, día a día”. Lamentablemente, falleció poco después, lleno de recuerdos y posiblemente con algunos secretos que siempre mantuvo celosamente guardados. Aunque su salud era quebradiza, Calderón siempre creyó que tendría tiempo e ilusión suficientes como para desvelar algún día todo lo que no se sabía de su intensa historia.

El segundo de mis entrevistados era el más activo, un auténtico torrente de propuestas de lucha política. Se trata de Ezequiel San José López, albacetense, militante de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) al producirse la sublevación militar del 18 de julio de 1936. Cumplió 16 años en el frente gracias a la “falsificación de un papel”. Pero para él aquello “no tiene ningún mérito”. Así era “el ambiente de la época”. Combatió como voluntario en los Carabineros, en el frente de Madrid. Y fue testigo de los enfrentamientos internos por lo que él llama el “golpe de Casado contra la República”. Antes incluso de que entraran en Albacete las tropas italianas ya había llegado a la ciudad para participar en la preparación de la resistencia clandestina. Pasó dos veces por la cárcel, “nueve años en total”, por lo que contrajo matrimonio ya en 1955. Su profesión era ebamista y se reincorporó a la actividad organizada, con la “nueva generación de comunistas”, hacia 1973. Afirma que durante la transición realizó “una aportación muy modesta”. En 1992 era miembro del Comité Regional del PCE en Castilla-La Mancha y tenía 71 años. En la entrevista habla con una rapidez poco común para su edad, a veces utilizando términos frecuentes de ciertos ambientes juveniles.

En el discurso de Ezequiel es palmaria una fuerte tendencia hacia la teorización, eludiendo casi siempre hablar en primera persona. Su propia identidad se autoafirma a partir del imaginario colectivo, desgajándose de él para valorizarlo todavía más. Es un yo social el que habla: “el partido”, “la vanguardia”, “las clases populares”, “el pueblo”, “las masas”, “la juventud”, “la población femenina”, etcétera. De Ezequiel cabe añadir que todavía, cuando acaba de empezar el siglo XXI, siendo octogenario, continúa todo lo activo que puede. Sigue siendo militante comunista y dirigente de Izquierda Unida. Ofrece su testimonio a quien lo quiera escuchar, pero sobre todo plantea ideas nuevas ante los problemas de hoy. Tiene muy arraigados sus propios criterios y, de su voz cada vez más pausada y sabia,

sigue saliendo la inevitable idea de pertenencia a un proyecto social y político “a la izquierda del PSOE”. Acude de vez en vez a visitar a los historiadores universitarios, pero casi siempre, cuando se agotan los recuerdos, promueve debates sobre cuestiones candentes.

El tercer hombre de estas entrevistas es Andrés María Picazo Villena, de Tarazona de la Mancha. El más radical. Hablé con él sobre todo porque fue miembro destacado de la Agrupación Guerrillera Manchega, pero no dejó de recordarme su niñez en los comienzos de la República, su vida de estudiante y su experiencia como dirigente de las JSU, hasta que se marchó al frente de guerra, en Castellón, como carabinero. Ha escrito un libro de memorias, donde -además de detallar las sensaciones vividas desde su actividad clandestina en el PCE, nos relata su odisea guerrillera en 1947 hasta la marcha al exilio en Francia en la primavera de 1948, cuando tenía 27 años¹⁰. Con la llegada de la democracia volvió a España y hoy alterna sus estancias en ambos países, entre las dos familias porque allí se casó y entre las dos realidades políticas que sigue desde la militancia en el Partido Comunista Francés. Es el más preocupado por transmitir su experiencia, que formula como si de otra batalla más se tratara, esta vez contra el olvido; en una lucha interior, literaria, como una constante reacción frente a la tentación de la mitomanía.

Andrés María es preciosista con el lenguaje y la entrevista está mediada por el trabajo de reordenación que ya realizó al escribir sus memorias, un relato que se convierte en mnemotécnico. No es difícil dialogar con él sobre sentimientos, aunque la explicación de éstos está muy marcada por una cierta idealización de la militancia y del “deber” que desde joven se impuso, lo que le hace plantear su discurso con auténtico estoicismo, incluso cuando repasa episodios que, más que riesgo, evocan un desgarrado dolor en soledad. En Francia se hizo enfermero. Cuando lo entrevisté no aparentaba ni de lejos los 72 años que había cumplido. No lo he vuelto a ver pero me dicen que continúa con sus planteamientos de entonces.

Finalmente busqué el testimonio más renuente hacia el historiador, el de Juan López García. En principio, acudí a él porque quienes lo conocían pensaban que era comunista. Sin que yo lo supiera encontré el contrapunto. Con amabilidad pero sin ambages Juan se preocupó de dejar bien a las

¹⁰ *Treinta años después*, Alicante, 1991, es el libro de memorias de Andrés María Picazo Villena. Es una obra breve, intimista y de agradable lectura, pero sobre todo ya es un testimonio histórico ineludible.

claras que él nunca abrazó el comunismo. Afortunadamente yo tenía ya entonces una cierta formación en las técnicas de historia oral y sabía que no era cuestión de retorcer la información de una fuente como ésa, una fuente que mana lo imprevisible. Supe que tenía delante otro perfil de la memoria. No sólo en el terreno de los idearios, lo cierto es que Juan se distanciaba mucho de su propio pasado. Natural de Elche de la Sierra, recién casado y con 23 años cuando estalló el conflicto, es el único de los cuatro que combatió porque fue movilizado, como conscripto. Dejaba atrás también una militancia cenetista -a la altura de 1936- que, según él, “no tenía ningún fundamento”, aun habiendo sido el secretario y el “jefe” en funciones durante una temporada. Como sabía escribir, la propia gente le animó para ser “delegado” de los soldados y “en cuatro días” lo nombraron comisario.

En la grabación se puede comprobar que es el que más habla en primera persona. Insiste mucho en que él se portaba “bien con todo el mundo” por donde iba, y que por eso fue recibiendo elogios y parabienes de mandos y soldados, e incluso de los propios vencedores: “la gente me quería”. En cuanto a ideas políticas ofrece todas las características de sujeto adaptativo dentro de un ideal poco elaborado ideológicamente. Se define como “de izquierdas de toda la vida..., veíamos la explotación que había y... (nos hicimos de izquierdas)”. Pero afirma que “no llegaba a los extremos de los comunistas”, y que era “más bien socialista”. Afiliado a la UGT, siendo capataz de los obreros del ferrocarril, se unió a “cuatro o cinco amigos (ya comenzada la guerra) para fundar la CNT”. Luego, “con las cosas ésas del comunismo”, Juan se hizo comisario. Es decir, que acabó encuadrado como “jefe” entre mandos que sobre todo eran comunistas. De hecho, acabada la guerra, Juan permaneció encarcelado durante “58 meses” al haber sido denunciado por comunista (“estalinista, dijeron, como fui comisario...”). Comenta en la entrevista que “la cosa del comunismo... tiene eso de ser ateo, pero yo tenía fe. No rezaba, pero era católico”. En 1992 tenía 79 años. La perspectiva de la entrevista le hizo recordar, pero denotaba unos largos años de olvido casi total de su experiencia. Fue “jefe” y, sin embargo, hablaba de los otros, de los que “requisaban” (los de UGT y CNT) y de su actitud positiva hacia los propietarios afectados: “a los mismos que habían firmado les pesaba (les dolía) haberme metido en la cárcel, porque se justificó bien que yo no había hecho mal a nadie”. Con el testimonio de Juan podríamos adentrarnos en el mundo de los símbolos particulares, inmanentes al tono y a la estructura profunda de su relato, con los que construye su propio yo en interferencia con el referente de las representaciones colectivas del pasado. En la evaluación de lo vivido interactúan y se complementan

tan el inconsciente individual y las mitificaciones de los acontecimientos que, sobre aquel periodo de la historia de España, han cristalizado en la memoria colectiva y en las actitudes socioculturales.

Así presentados José, Ezequiel, Andrés M^a y Juan, podemos ahora entender mejor la interpretación que aquí se hace de los cuatro discursos, de los cuatro recuerdos y de las cuatro vidas aisladas que, sin embargo, estuvieron algún tiempo entramadas por un acontecimiento histórico extraordinario que dejó una marca fija en cuatro memorias cambiantes. Veamos algunas de sus expresiones más subjetivas.

4.- ACTITUDES ANTE EL AMBIENTE SOCIAL DE LA GUERRA: LA VIOLENCIA POLÍTICA, LA REPRESIÓN RELIGIOSA Y LAS RELACIONES DE GÉNERO

Una revolución estaba en marcha cuando no todos habían imaginado el largo y cruento periodo bélico que se iba a suceder. En los primeros meses de guerra, y más en un Albacete “liberado”, las pasiones se desataron hasta lo imprevisible. La violencia política hubo de pasar fases de auténtico descontrol colectivo hasta que finalmente acabó institucionalizada y judicializada¹¹. Aquel conflicto ha sido y sigue siendo analizado incesante y recurrentemente. Se sigue discutiendo aún sobre las causas que lo provocaron¹². Son muchas las obras que deberíamos citar pero no es necesario. Albacete, sobre todo por haber sido sede de las Brigadas Internacionales, aparece en la historiografía contemporánea en libros escritos en decenas de lenguas, y sigue siendo referente para la memoria y el estudio¹³. Amplio se nos presenta el repertorio de causas estructurales y coyunturales, sin olvi-

¹¹ El profesor Manuel Ortiz ha estudiado detalladamente el devenir de la violencia política en el Albacete del período bélico: vid. Ortiz Heras, M., *Violencia política en la II República y el primer franquismo*. Albacete, 1936-1950, Siglo XXI, Madrid, 1996. Véase también el libro de Sevillano Calero, F., *Guerra Civil en Albacete. Rebelión popular y justicia popular (1936-1939)*, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, Alicante, 1995. Para conocer una reflexión sistematizada sobre la aplicación historiográfica de los más novedosos modelos analíticos de las ciencias sociales a los fenómenos de violencia política: vid. Aróstegui, J., “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, *Ayer* (13), 1994, pp. 17-55.

¹² No hace mucho, el mito de la inevitabilidad y la argumentación de la legítima defensa de los sublevados mediatizó las obras de De la Cierva y Salas Larrazabal tanto como a Reig Tapia el de la ilegalidad del golpe o a Jackson el de la falta de respeto general al juego democrático. Con algo más de riqueza y variedad, en parecidos términos continúa abierto el debate historiográfico al socaire de la confrontación política que aparece y reaparece en torno a este asunto.

¹³ Vid. Requena Gallego, M. (coord.), *La Guerra Civil española y las Brigadas Internacionales*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998.

dar las azarasas. No pocos indicadores hablan de la conflictividad desbordada en los dos niveles clásicos del análisis histórico, el social y el económico; pero, además, como afirmaba el viejo profesor Tuñón de Lara, a nadie se le escapa que habría que añadir “un enfrentamiento cultural y de mentalidades”¹⁴. De hecho, uno de nuestros entrevistados, Ezequiel, lleva las diferencias de tipo sociocultural al ámbito material de los territorios y, al evocar aquella situación a la luz de las experiencias internacionales en conflictos muy recientes como el de las guerras en la antigua Yugoslavia, apela al protagonismo actual de la ONU y cree que si “aquello hubiera ocurrido ahora, nos habrían partido en dos zonas”. No parece plausible que hubiera podido ser la España del 36 una suerte de dos áreas territoriales con referentes y proyectos socioculturales distintos. En cualquier caso, todo contrafactual serio sólo tiene sentido si nos ayuda a la reflexión historiográfica. De momento basta con reflejar aquí lo que se escucha de viva voz de uno de sus protagonistas, porque ya digo que no voy a reseñar el estado de la cuestión. Sólo consignaré que, afortunadamente, ya empiezan a desarrollarse interesantes trabajos historiográficos que incorporan los métodos de la antropología histórica a los de la historia social, porque ahí encuentra la historia oral no ya el lugar bajo el sol de las metodologías que se ha ganado, sino un papel trascendental en la ineludible tarea interpretativa¹⁵.

Lo cierto es que nuestros testigos recuerdan que el escenario vital de aquellos tiempos dibujaba una situación de conflicto total. El “ambiente” de aquel verano de 1936, que llevaba a Juan a ser dirigente de un anarcosindicalismo no consciente, punzaba tanto en otros como Ezequiel que se decidieron, tras ser reiteradamente rechazados por quinceañeros, a “falsificar un papel” para irse como voluntarios hacia el frente. Habían visto a muchos de los guardias civiles que tomaron hábilmente el poder en la capital, durante la primera semana del movimiento insurgente, huir aterrados por los montes de San Pedro, hacia la sierra de Alcazar. Los adheridos al pronunciamiento militar que no pudieron huir, o esconderse, sufrieron las iras de muchos izquierdistas entusiasmados y

¹⁴ Tuñón de Lara, M., *El movimiento obrero en la historia de España* (vol. II). Sarpe, Madrid, 1985, p. 361.

¹⁵ A mi juicio, en el contexto de un panorama historiográfico que se ha ido renovando pero al mismo tiempo continúa reproduciendo polémicas recurrentes, el libro más interesante e innovador de estos últimos años ha sido el del profesor J. Ugarte, no sólo porque usa la fuente oral y la antropología sino porque así consigue profundizar en la interpretación de los imaginarios históricamente constituidos y entonces enfrentados: vid. Ugarte Tellería, J., *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

sin control tras aquella semana de miedo: “aquí por ejemplo, en Albacete, se le pegó fuego a casi todas las iglesias; y, claro, muchas obras de arte fueron destruidas”. Ezequiel sigue recordando y concluye: “(en esos días) los curas, como colaboradores de los fascistas, se han ocultado... y otros muchos mueren, son ejecutados sumariamente por la gente... por el pueblo armado”. El Ezequiel de entonces, que sólo se relacionaba socialmente con la “gente de izquierdas”, reconoce sin titubear que se cometieron muchos “paseos” de curas, guardias, militantes derechistas, etcétera, y que “lo comprendía”. La memoria se reelabora después y exculpa al PCE. Atribuye la dirección de aquella represión a un PSOE que entonces era “revolucionario”. Revolución y represión se disocian en su juicio político a posteriori, como un acierto histórico, pero no en su subjetividad juvenil ahora recordada.

Desde un camión de las tropas que entraron a la capital tomada por una guardia civil ya rendida, José Calderón -ya sabemos que enrolado voluntariamente para “liberar” Albacete-, contemplaba con horror la violencia de la calle: “en la cuesta de (la calle) Alcalde Conangla vi matar entre dos personas a un sublevado... era muy desagradable”. En aquella calle tan animada “había alegría, pero enrarecida, descontrolada”. Desde el inicio del conflicto el PCE y otras organizaciones censuraron los ajusticiamientos sin garantías jurídicas; pero, dice uno de nuestros entrevistados, “la idea de respetar a la gente por sus creencias llegó después”, refiriéndose no a las directrices políticas sino al proceso de interiorización colectiva, a la gestación de las ideas-fuerza.

La cuestión de la represión religiosa, sometida desde entonces a la presión institucional, aparece y reaparece en los recuerdos, hasta discriminar en el discurso consciente otros arquetipos de las víctimas, como el del patrón, el del guardia civil sublevado, el fascista, etcétera: “eso de ir en contra de los curas... eso no cabía en mí; darles un paseo y todo eso... para mí eso era un crimen; aquí se cometieron, ¡vamos!, cometieron. Pero ¿a cuento de qué es eso? ¿Quién sois vosotros para quitarle la vida a las personas? A las personas debe quitarles la vida Dios”. Nuestro emocionado informante, Juan, a diferencia de quienes unen a sus recuerdos argumentos analíticos colectivos, acumula en el “todo eso” de su discurso un estado de cosas que prefiere eludir al razonar sus recuerdos, englobándolo, y sólo rescatando de la memoria y de la historia su propia rebeldía personal contra la represión religiosa. No todos coinciden, al menos formalmente, en la actitud que les provoca la certidumbre de la represión. Es bien conocida la actitud del PCE hacia las prácticas insti-

tucionales de represión política. Como muestra un botón: ese partido criticó el blando rigor de los tribunales populares contra la “quinta columna” y prohibió a sus militantes, amenazándoles con la expulsión, que testificaran a favor de “caciques y grandes terratenientes”¹⁶. La represión fue evidente. Pero lo que subleva las conciencias de nuestros cuatro entrevistados es la mixtificación de las prácticas de represión política y religiosa propalada por el régimen de los vencedores. Es la reacción de quienes fueron estigmatizados y después ninguneados. Se apodera de ellos la sensación que sufre todo testigo sometido a una pesquisa judicial, unos compareciendo ante sí mismos y otros como “yo colectivo” ante la Historia, idealizando a su vez a ésta como tribunal de los actos del pasado.

Los partidos y los sindicatos se dispusieron rápidamente a organizar la nueva vida social y económica, también las milicias, en un ambiente marcado por la presencia de las armas en manos de gente que las ostentaba como símbolos de emancipación¹⁷. Pero estos otros jóvenes de entonces, cuya conciencia política nació al amparo psicológico del espectacular crecimiento del PCE, -que en Albacete pasó de 1300 afiliados en junio de 1936 a 9000 en marzo del año siguiente¹⁸-, lo que querían era ir a combatir al frente; aunque a algunos -como Andrés María- tal posibilidad se les planteó seriamente cuando ya la guerra estaba en su recta final, teniendo que enfrentarse al boicot de unos padres atemorizados que no compartían el entusiasmo de aquellos “chiquillos”.

El territorio estaba partido desde el principio. Las imprevistas “capacidades colectivas” de ambos mandos plantearon la idea de una guerra larga¹⁹. Y del pueblo se fue disipando la imagen de una resolución rápida del conflicto. En Albacete, con los ya muy fortalecidos comunistas dinamizando a las masas a través de la consigna “ganar la guerra”, fue desapareciendo el triunfalismo inicial, el que denotaba la primigenia sensación colectiva de que el conflicto “había terminado con la reconquista de nuestra ciudad”²⁰. El “no pasarán” evocaba pasión, pero a la defensiva. Por eso, las maquinarias propagandísticas de partidos y batallones se dispusieron a

¹⁶ *Avanzada. Semanario comunista del Comité Provincial de Albacete, 1937-1938*, sobre todo el nº 7 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil. Publicaciones periódicas).

¹⁷ Jackson, G., *La República española y la Guerra Civil*. Crítica, Barcelona, 1981, p. 250.

¹⁸ Requena Gallego, M., “El partido comunista de Albacete durante la Segunda República”: *Los comunistas en la historia de...*, p. 63.

¹⁹ Vilar, P., *La guerra civil española*. Crítica, Barcelona, 1988, p. 72.

²⁰ Carrión, J.D., “Albacete y Responorio (septiembre de 1936)” *Los comunistas en la historia de...* p. 105.

sembrar el “pasaremos”. Se necesitaban voluntarios y se hacían llamamientos para conseguirlos: “hombres fuertes, al frente” fue otra imagen ilustrada en carteles y publicaciones desde el principio de la guerra, con la conocida iconografía del realismo socialista, hercúlea y moralizante²¹.

En su pueblo Juan no pensó en alistarse, pero fue movilizadado de todas formas, obligatoriamente, seis meses después de aquel julio del 36. Desde el principio hubo otros que se escondieron, y no por motivos políticos. Es otra de las figuras humanas de aquella época: el escondido. Allá donde se pregunte puede escucharse todavía el eco lejano de unas historias que se ocultaban o susurraban. Se cuentan como leyendas envueltas de misterio infantil. He podido conocer algunas en mis ambientes familiares. Por ejemplo, la de esas niñas de Balazote que “en tiempo de guerra” sentían, en la casa que visitaban algunas tardes, que alguien las observaba. Recordaban cómo aquella madre, sentada junto al fuego, les obligaba a estarse quietas y de espaldas a determinada pared: “la mujer no quería que su hijo, que estaba escondido porque tenía miedo de ir a la guerra, nos viera las bragas desde un agujero por el que se asomaba... luego, cuando se pudo decir la verdad, porque dicen que casi todo el mundo lo sabía, caímos en eso”. Varios mitos se entrecruzan enmarañados en la memoria popular de los recuerdos de la infancia que vivía en una provincia de retaguardia: la del cobarde, que nunca pudo alardear de su actitud a pesar del resultado de la guerra; la del miedo a los espíritus que miran por las paredes, después reelaborados y transformados en los ojos lascivos de los hombres observando a las niñas que comienzan a ser mujeres; pero, sobre todo, la de la madre protectora, el más arraigado y comprendido de todos los mitos, el de la reparación de todo lo que los hombres son capaces de destruir, la madre que se arriesga por evitar el sufrimiento del hijo tanto como para proteger la honra propia y la de los demás, ejerciendo su rol transmisor de la tradición en las relaciones de género, incluso en aquella situación extraordinaria. Tuvo miedo su hijo y como madre le ayudó, pero, aunque cobarde, “no

²¹ En carteles, panfletos y publicaciones periódicas, ante la perspectiva de una guerra larga, se lanzaron los eslóganes “Primero: Ganar la guerra” y “pasaremos”, asociados a las ideas de “disciplina y unidad” dentro del Ejército Popular del Gobierno de la República: vid, como ejemplo, *Catálogo de carteles de la Biblioteca Nacional* (1990, reproducciones 61, 62, 304, 313, 314, 329, 418 y 428). Nada más comenzar el año 1937 se intensificó la labor de difusión política a través de la prensa de brigadas y batallones. Algunos periódicos eligieron como título la consigna “Pasaremos”, como es el caso del órgano de expresión de la XI Brigada Internacional. Así se fueron implementando los mensajes de “unidad de mando”, “disciplina”, etcétera: esa evolución iconográfica, por lo que afecta a Albacete, puede verse en los números I-IV de *Bandera Roja*, órgano de la 17 Brigada Mixta, cuya edición se realizó en Villarrobledo durante el mes de enero de 1937 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

deshonoró” a aquellas chicas aprovechando la ambientación y la posición privilegiada que tiene todo escondido al mirar a través de un agujero²².

La sexualidad no es un lugar común de la memoria en nuestros cuatro entrevistados. Surgen los silencios, los vacíos, las auto-represiones, las teorías políticas *ad hoc* y, por último, la experiencia vivida y percibida. Excepto para Ezequiel, que luchó en la zona centro, la mujer está ausente en el Frente. “No había ninguna”. La gente sólo recuerda que los jóvenes de la retaguardia seguían las pautas de siempre: los paseos tranquilos de los novios son muy recordados, sobre todo cuando volvían los soldados de permiso, los bailes del pueblo donde las chicas debían ir acompañadas por sus madres, el peso de los compromisos políticos en las relaciones sexuales, enamoramientos efímeros y relaciones promiscuas de los brigadistas internacionales, etcétera. Es cierto que las relaciones de género experimentaron cambios importantes y auténticamente revolucionarios en el seno de las organizaciones políticas juveniles de la izquierda: “¡hombre!, se pensaba, y es normal, en beneficiarse a la compañera”, dice Ezequiel. Pero dice más cosas y nos remite a pruebas documentales. En efecto, de ello dan testimonio los constantes anuncios que reproducían por doquier las publicaciones periódicas de brigadas y batallones, y la prensa inter-brigadista²³.

La promiscuidad se acrecentó con la guerra, continúa valorando Ezequiel, porque hubo una “revolución moral, junto a la revolución social”, porque “las ideas de libertad para el amor, sobre todo (las que difundían) los anarquistas”, unidas a la “relajación de costumbres” que propiciaba la situación de guerra, junto a la incorporación masiva de la mujer a las tareas de producción y asistencia, creó un ambiente abierto a la afectividad y a la sexualidad que preocupaba a las autoridades porque multiplicaba la propagación de enfermedades venéreas: “se jodía, como en toda guerra”. La estructuración militar del Ejército Popular, tan promovida por los comunistas que ofrecían la experiencia del 5º Regimiento, llevaba consigo la incorporación de la mujer a tareas de retaguardia. Era un mensaje que sonaba entonces como un revulsivo, “porque el padre seguía siendo el

²² Testimonio recabado a Ana Olmo Gómez, mi madre, cuando realizaba esta investigación.

²³ Puede leerse el eslogan “Guárdate de las enfermedades venéreas como de las balas” en las reproducciones 58 y 59 del *Catálogo de carteles de la Biblioteca Nacional*: la iconografía moralizante representa a un soldado que contempla el cuerpo desnudo de una mujer sin cabeza, que evoca a la Venus de Cnido, suspendida como si de una ensoñación ideal del soldado se tratara. Otra idea que se resaltaba, muy unida a la idealización propagandística del combatiente, la encontramos resumida en la frase “una baja por enfermedad venérea carece de toda dignidad”: *vid Actividad, Órgano del parque principal de artillería*. Albacete, 1937, número 8 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

machista de siempre, pero menos”. La Pasionaria, ya desde septiembre de 1936, comenzó esta labor de dinamización con las mujeres de la retaguardia, unos momentos en los que también se empezaba a plantear a las milicianas del frente que lo abandonarían²⁴. Las ideas de emancipación femenina se encuentran indisolublemente ligadas en aquella mentalidad a las ideas sociales sobre el trabajo y la producción, más todavía ante las necesidades de la economía de guerra del Albacete de la retaguardia. Moral revolucionaria y economía de guerra llevan consigo el cierre de los prostíbulos del barrio Alto de la Villa, y “esas mujeres se incorporan a la actividad. Sigue la prostitución (como en el bar de Pombo), pero no es oficial (...). Es solamente cuando viene Franco cuando se reabren los prostíbulos. Los católicos bienpensantes abren los prostíbulos que había cerrado la República”, sentencia Ezequiel.

Por otra parte, los criterios morales con el asunto de la sexualidad y las normas políticas se unen en la actitud del guerrillero al censurar el comportamiento de un compañero. Dice Andrés María que su amigo de armas se aprovechaba de la “aureola” que tenían los maquis ante las campesinas para “acostarse con las mujeres de quienes solidariamente nos refugiaban”. Por eso aceptó la misión que se le encomendó y vigiló de cerca a un guerrillero “sin escrúpulos”, que “era más bien anarquista”. Puede verse aquí, en el ambiente de la oposición más dura y peligrosa, el atisbo de la disputa ideológica interna: para Andrés María los comunistas cuidaban con escrupulosidad lo que los anarquistas desdeñaban en aras de un individualismo que debía ser vigilado, controlado, corregido e incluso castigado. He ahí algunas pequeñas noticias albacetenses para una larga crónica de desencuentros entre las dos tradiciones del movimiento socialista internacional desde el siglo XIX, la autoritaria y la libertaria.

5.- ACTITUDES EN EL COMBATE Y ANTE LA MUERTE

La guerra genera miedo. Lo saben bien los estrategas, los teóricos del militarismo y los precursores del exterminismo bélico. El control y la gestión de los efectos del miedo en el frente y en la retaguardia, sobre todo entre la población civil, forman parte de la racionalidad de la gue-

²⁴ En *El Diario de Albacete* del 29 de septiembre de 1936 Dolores Ibarruri deseaba que las mujeres comprendieran “la necesidad de ayudar a los hombres en esta lucha”. En la prensa oficial del PCE albacetense se dedicaban artículos a esa problemática: “las mujeres coserán la ropa de los combatientes” explicaba “la comisión femenina” de este partido en el número 1 de *Avanzada, Semanario comunista del Comité Provincial de Albacete*, año 1937 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

rra²⁵. Otra cosa es que el temor se cotidianice, que lo inunde todo, y que por eso mismo se pueda ir sobrellevando. Considerando el telón de fondo de la guerra, entre nuestros entrevistados detectamos una actitud ideologizada y pro-activa hacia el combate. Es palmario ese tropo de una memoria común porque siempre se ha revestido de sentimientos republicanos. Era “un orgullo” luchar con las armas a favor de la república. Lo fue para quien tenía la oportunidad de saborear la seguridad de las oficinas. “No escurrir el bulto” era algo consustancial al ambiente que vivía cualquier militante de izquierdas. Lo es para Ezequiel, quien modestamente se considera “uno de los miles de jóvenes que se incorporaron en cuanto pudieron” (en todo caso, pese a que él no valoriza su gesto, considérese que tuvo que abultar con premeditación la edad exigida para combatir). Y, por último, se esgrime la argumentación “moral”. Lo hace con más claridad Andrés María. Se trataba de una obligación política y era un “deber revolucionario”. Es la asunción consciente -sin pundonor- del sacrificio por la lucha. Acaso un alarde prometético que compensa las privaciones sufridas por el que recuerda haber pasado, directamente, “de la niñez a la edad adulta”. Quizás, “la responsabilidad con ese compromiso político” que también le obligó en su día a romper, pesaroso, con aquella novia que “quería muchísimo” pero que “no merecía” una perspectiva de vida “tan agitada”. El discurso sobre la fundación del yo se elabora desde la valorización del yo social, evaluándolo ahora también para anteponer lo ideológico a lo anímico.

Andrés María después se encuadraría dentro de la Agrupación Guerrillera Manchega, asumiendo una vida de “incertidumbre”. En su propia balanza sentimental pesaron más las circunstancias y las opciones políticas, entonces ya humanizadas por el tamiz de su memoria reciente: la de esos cuadros de miseria que había contemplado con desesperación en la cárcel. Públicamente le he oído pugnar contra la memoria oficial de una organización -el PCE- que ya no puede vanagloriarse de aquel pasado de “lucha armada” de la misma forma que él lo vindica. Ideas de ayer, y más aún actitudes, que siguen vivas en los juicios de hoy. Pero ya no son lugares comunes de la memoria partidaria. La fusión que en el pasado se hacía

²⁵ Existe una amplia bibliografía al respecto, entre la que sigue destacando la reveladora obra de Reig Tapia, A., *Ideología e historia. Sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Akal, Madrid, 1984. Pero, por lo que respecta a Albacete, además de algunas obras ya citadas y otras que aquí no se han traído a colación, una de las más elocuentes es la de Antonio Selva sobre los efectos de los bombardeos en la ciudad manchega durante la guerra: Selva Iniesta, A., *Refugios Antiaéreos en Albacete (Memoria para la paz)*, Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, Albacete, 2000.

de la estrategia leninista y de las libertades democráticas burguesas, es abismalmente contradictoria con los actuales planteamientos políticos convencionales. Incluso alguna otra voz más disciplinada, como la de Ezequiel, nos recuerda que ya entonces se escucharon aisladas disidencias con la estrategia que Stalin terminó indirectamente de invalidar²⁶.

Pues bien, cuando la contienda terminó, cuando perdieron la guerra, cuando cualquier sueño revolucionario se trocó pesadilla, el hecho cierto es que conservaban la vida y la esperanza. La guerra les supuso, eso sí, una evidente ruptura biográfica que -como comunistas haciendo “la guerra de otra manera”- no les preocupó en exceso recomponer, solapándola en todo caso a la preeminencia del proyecto político que habían abrazado. La guerra, dice uno de ellos, “nos marcó”. Y, efectivamente, tras escuchar sus biografías podemos concluir que determinó totalmente sus proyectos y estilos de vida. Con historias personales distintas vivieron la lucha clandestina, la guerrilla urbana y rural, la cárcel o el exilio, alentados por una esperanza que colectivamente iban retroalimentando. Esperaban que les favoreciera la situación internacional, tanto al final de la guerra como durante los primeros años de clandestinidad y de cárcel. Sentían además con fuerza “a pesar del miedo, el orgullo de pertenecer a esa vanguardia sin la cual la justicia no avanza”²⁷. ¿Qué dice su memoria de aquel sentimiento enfrentado a la realidad del combate?

Tienen teorizado el miedo a la muerte, no es significativo en la polise-
mia del discurso sobre sus actitudes como “combatientes contra el fascis-
mo”. Aparece con frecuencia un vacío entre lo consciente y lo inconscien-
te. Es “la mente en blanco” del condenado a la pena capital. En otros, el
miedo a la muerte está unido a viejos arquetipos biosociales como el de la
juventud y el de la vejez: “el miedo cuando lo estoy sintiendo es ahora
(dice Juan). Ahora soy viejo, pero entonces no sabía yo que teníamos que
morirnos, o matarnos”. Moría el otro y es lo que recuerda quien reconoce
que tuvo suerte. Morían aquellos, los suyos, y por eso se les honraba: el
día de las ánimas de 1946, un grupo de osados comunistas homenajearon
en el cementerio de Albacete a los camaradas muertos. Hicieron una pin-
tada. Era una actividad clandestina que reivindicaba el rol simbólico de la

²⁶ Bien se sabe que Stalin no dijo a Santiago Carrillo, Dolores Ibarruri y F. Antón en 1948 que el PCE debía abandonar la lucha armada, pero las observaciones del dictador soviético sobre las posibilidades de la estrategia de entrismo en las instituciones franquistas coadyuvaron a que así fuera.

²⁷ San José, E., 1990: “Apuntes para una historia del Partido Comunista de Albacete. La resistencia”: *Los comunistas en la historia de...*, p. 160.

muerte injusta y redentora, la de los perdedores y represaliados. A la memoria de esas víctimas dirigieron un grito pintado en la pared que debía resonar sobre las conciencias de los vencedores: “hermanos vuestro sacrificio no será en vano”.

No son pocos los relatos populares que fusionan viejas creencias acerca de la justicia divina con las realidades sufridas por la represión política, después rememoradas. Es el caso de la supuesta maldición que una mujer de un pueblo albacetense lanzó a los torturadores y asesinos de su marido, al que dicen que un médico fascista le cortó las manos y los testículos. La mujer anatematizaba al verdugo con un irremediable final análogo al de su víctima. Desde la mentalidad de muchos habría quedado cumplida aquella execración al haber muerto el sanitario “de un cáncer en las manos”. Se tornó funcional en el imaginario colectivo el consolador adagio “dios castiga y no da voces”, aunque conscientemente se razone que esa enfermedad tiene una explicación lógica, en todo caso provocada por la imprudencia laboral del médico con sus manos, tras haberlas tenido expuestas sin protección y durante muchos años al pernicioso bombardeo de los rayos X.

Por su parte, Andrés María, el guerrillero, era consciente de las consecuencias “dramáticas” que su compromiso en la clandestinidad, una vez identificado y “quemado”, podría acarrearle; pero tampoco en la sierra conjuraba el peligro: “sentía miedo de morir, yo no soy ningún héroe, yo no soy un suicida -ya lo he dicho muchas veces-, ni un aventurero”.

La muerte pierde el carácter excepcional que tiene en nuestro tiempo. Era una época en la que, hasta entre los propios intelectuales -como Alberti- venía interiorizándose la entonces idea-fuerza de la violencia inevitable entre las clases sociales. Forma parte de la realidad y se instala en el ambiente de conflicto bélico y del maquis, penetrando multiplicada en la subjetividad del combatiente ideologizado, hasta banalizarse. En un estudio sobre el tratamiento en la literatura de la actitud ante la muerte, al analizar el léxico de la primera oleada de novelas sobre la Guerra Civil en torno a los años 1938-39, se comprueba que “la acción de matar pasa a ser un lugar común” y se utiliza una amplia variedad de formas lingüísticas para añadirle interés: “cargar”, “dar el paseo”, “dar el pasaporte”, “dar mulé”... El cadáver es un “fiambre” o un “besugo”²⁸. La propaganda política para alentar al combate transmuta en sus mensajes el miedo a la muerte, promoviendo -por ejemplo, a través de las canciones y los himnos de los

²⁸ Gagen, D.; George, D., *La guerra civil española. Arte y violencia*. Universidad de Murcia, 1990.

combatientes- una idea mesiánica, niveladora, igualitaria y trascendente de la actividad bélica:

*“Somos hermanos de España e Italia.
Todos luchamos con igual valor
ante la muerte, el honor y la gloria
Pechos iguales y un mismo corazón”*
(del himno de la XII Brigada Garibaldi)

*“¡Los milicianos de Acero
salvarán al mundo entero,
pues ante el plomo certero
dicen al mundo: Si muero
mis hijos se salvarán!”*
(de la canción La Compañía de Acero)

La funcionalidad del texto cantado pretende proyectar un papel simbólico en el combate, persiguiendo la sublimación ante el miedo, sobredimensionando la inmediatez de la guerra, alejándose bastante del significado político de otras canciones de entonces, más conocidas y difundidas en épocas recientes, que incluso evidencian analogías con el otro bando: uno de los versos de La Compañía de Acero otorga al miliciano unas atribuciones (“seguro y valiente el ademán”) muy parecidas a las del célebre Cara al Sol de los falangistas (“imposible el ademán”).

En los recuerdos aparece el discurso impersonal sobre el miedo en los combates, la revisión postrera de una actitud colectiva que entonces se aceptaba temerariamente: “¡Hombre!, pues inicialmente se siente miedo, puff, eso es general, habrá unos que sientan menos miedo que otros, pero se siente miedo, eso es general. Pero... verás una cosa, cuando estas inmerso en un combate, la sensación de temor físico, acuciante, angustioso... desaparece”. El inconsciente de Ezequiel, a través de esta parte de su rememoración, en la que él no se aísla para analizarse solo, realiza una autovaloración al hablar de gente “menos” miedosa que otros. En otra parte de su discurso lo vemos claramente, si entendemos la función del mito utilizado, una representación colectiva identificatoria, que los combatien-

tes comunistas comparten sobre sus actitudes en la guerra civil:

“La gente del partido ha sido una gente muy, muy disciplinada y, a veces, excesivamente combativa... Teníamos nuestra organización semi-clandestina, ¡fíjate!, entonces, en esa unidad (dirigida por socialistas). (...) Se planteaba: mañana va a haber un golpe de mano, tenemos que salir los comunistas, ¡los comunistas tenemos que dar la cara los primeros! (y sube el tono, teatralizando el imperativo político que se le daba a la actitud); y tú te incorporabas a ver, y decías ¡me cago en la leche! Me están jodiendo (...) Yo me incorporaba pues como tantos otros, con una sensación de temor... luego ya reaccionas (en el combate) de otra manera, yo creo que se reacciona de una manera instintiva, buscando agredir o guarecerte, pero sin que predomine el sentimiento de temor... (Entonces) lo que se busca es la eficacia... cumplir lo que te has planteado”.

Dos de estos hombres tuvieron responsabilidades militares. Sus memorias responden de distinta manera a la mala prensa de los comportamientos autoritarios y militaristas de los mandos cuando reprimían el miedo de la tropa. Calderón habla del “descontrol” en Aragón y del “antimilitarismo” como resistencia mental arraigada en los milicianos de partidos de izquierda y anarquistas. Para “alentar al combate” amenazaban con “tirar una bomba” contra los que lo rehuyeran: “no sé si hubiese tirado la bomba. Eso no se piensa”, dice aquel que siempre se consideró un militar profesional de la República. En cambio, Juan López, que también hizo de Comisario en el 19 Cuerpo de Ejército, XI Brigada Mixta, entendía que su misión era “defender a la tropa de los militares, porque siempre se ha dicho que los militares eran muy duros con los soldados”²⁹. Habla más anecdóticamente sobre el pánico que muchas veces se sentía: porque “en los jaleos” del frente de Teruel casi siempre “tuvimos que correr, pero para atrás”. Los soldados “eran miedosos, se ponían malos... pero no estaban enfermos, era que tenían miedo”.

Juan se enfrentó con un capitán que quería matar a unos soldados por-

²⁹ La misión de los comisarios era “controlar la lealtad de los mandos” y coordinar a éstos con la tropa. El carácter político-social de las fuerzas republicanas necesitaba del comisario para el control político de jefes y soldados. Y en las Brigadas Internacionales la impronta ideológica de los mismos se suponía comunista. En este sentido preocupaba mucho la formación del comisariado: vid. Cardona, G., “Milicias y ejércitos”, *Historia 16* (10), Madrid, pp. 6-60. En *Ráfagas, Semanario de las Fuerzas del Aire de la 7 Región*, editado por la Comisaría política de las Fuerzas Aéreas de Albacete, números 1 (20-IX-37) y 2 (15-XI-37), se puede leer el énfasis que se ponía al explicar las tareas de los comisarios (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

que retrocedían, cuando a ese mismo mando lo había visto él proceder de idéntica manera: “dije que allí el único que había estado en su sitio era el Comisario (...) Lo que le ha pasado a esta gente me podía haber pasado a mí... aquí no hay más que hablar”. Utiliza una expresión popular para reafirmar su buena conducta con la tropa: “el miedo es libre”. “El miedo es libre y cada cual coge el que quiere”. Se lo he oído decir muchas veces a mi padre, también combatiente, cuando habla de la guerra. En este caso se trata de un tópico que esconde una concepción desideologizada, real, una actitud clara de miedo a la muerte en el combate: “bastante trabajo tienen, tienen miedo y corren”. Lamenta Juan que hubiera mandos “que los mataban”, pero afirma: “yo nunca castigué a nadie” porque tuviera miedo a morir.

En José Calderón todas las actitudes se encuentran supeditadas a la de la responsabilidad como mando militar. Se sentía preocupado por la tropa: “sentías una gran trascendencia... (porque) cualquier decisión que tomes puede ser importante”. En la sierra del Maestrazgo, con unos soldados poco “fogueados”, la mayoría anarquistas, “con poca disciplina” y muy poco armamento, Calderón fue nombrado capitán y comandante accidental de un batallón, hacia el 20 de abril de 1938, cuando el ejército de Franco se acercaba ya a Vinaroz. Relata el episodio de la “desbandada” de su tropa, unos 180 hombres, tras la voladura del puente que se disponían a cruzar: “Claro, como esto ha pasado por mi mente tantas veces, yo sé que si hubiéramos tenido otra decisión, hubiéramos detenido la desbandada”.

La muerte le era familiar a Calderón. Por eso la sortea en una narración que hubo de revivir muchas veces. Así cuenta que cruzó el río viendo “pasar algún cadáver” sobre sus aguas, sin inmutarse. “Era más importante el instinto de supervivencia”. Pero con la ropa seca de soldado que le proporcionaron, volvió a cruzar el río por un puente para reagrupar a los suyos. Escuchó un tiroteo y se lanzó cuerpo a tierra. Dos fusiles le apuntaban a la cabeza. Eran dos italianos “enemigos” y al parecer no lo mataron allí mismo porque iba vestido de soldado y no de capitán. Sintió más veces la posibilidad de morir y siempre se le quedaba “la mente en blanco”. Con aquellos fusiles apuntándole sólo recordaba la evidencia, la sensación del fin de algo, pero sin que aparezca con nitidez consciente la idea de la muerte: “dices: ya me han cazado, ya no puedo hacer nada”.

Pero cuando se podía hacer alguna cosa, entonces, no había resignación. José Calderón relata un episodio muy parecido al que vivió Andrés María cuando la policía municipal quiso capturarlo en las afueras de Albacete, siendo guerrillero: tiró una bomba de mano y así pudo huir de la casa

donde le habían lanzado dos tiros “a bocajarro”. Tiros erráticos aunque muy cercanos. El relato de los sucesos, en los que resultó muerto un policía, aparece en el citado libro de Andrés María quien todavía tiene dudas al respecto: se pregunta si aquel luctuoso resultado fue provocado por el estallido de la bomba de piña que él arrojó o por el fuego cruzado de los propios policías municipales intentando abatirle.

En uno y otro caso hubo acción. El azar podía actuar con mucho margen. Todo iba a suceder prácticamente en unos instantes. Pero “la mente en blanco” de un momento fugaz se torna tiempo en blanco para el sentenciado a muerte que espera con gran congoja el momento incierto de la ejecución. Aunque la condena a la pena capital llegó después de la guerra, cuando José Calderón fue nuevamente encarcelado por actividades de espionaje, merece la pena comentar y transcribir el recuerdo de aquellos dos meses, de diciembre de 1944 a febrero de 1945. Porque, quebrando el tiempo, una vivencia como ésa se convierte en un auténtico organizador vertical de la memoria. Es la foto fija que explica el resto del discurso de Calderón sobre las actitudes ante el miedo a la muerte en el combate. Además, nos situarnos ahora en la intensísima experiencia histórica de muchos presos políticos que fueron condenados a la máxima pena.

Cuenta que tras recibir la notificación “sacaron” a sus compañeros de celda para fusilarlos. Se quedó solo. Recuerda los nombres y apellidos de los camaradas que le habían precedido en un viaje letal que también él tendría que realizar: “menos a uno que se rajó, que largó, y que le conmutaron la pena”.

Pregunta.- ¿En qué pensaba?

Respuesta.- En que no tienes futuro. Sin pena de muerte piensas en cuando salgas, en tu vida, en el futuro, en tu novia, en tu mujer; yo qué sé, en que vas a estudiar... Pero ahí... es que no tienes futuro, nada más que estás en el día. Y otra cosa importante es pensar: cuando te lleven a fusilar que no decaiga el ánimo. Al abrirte la celda que tengas ánimo suficiente para decir: ¡viva la República!, ¡viva la libertad!, ¡viva el partido comunista! Y salir entero. Y morir entero... No podías leer. No tenías ánimo para leer. Yo, a veces, leía. Más que nada hablabas con la gente (en el patio). Dormías mal.

P.- Y recordaba mucho...

R.- Si es que se te quedaba la mente en blanco, no te digo. Igual que piensas que no hay futuro, para atrás ¡tampoco! Tampoco los recuerdos te pinchan... (no hay) nada más que presente. El presente es si puedes salir

de ese presente con entereza, sin claudicar.

P.- ¿Nadie se quebró?

R.- No, no. Nadie en absoluto. Incluso ése que lo conmutaron... se portó muy bien, tal vez supiera que lo iban a conmutar.

Cuenta que recuerda bien a sus compañeros fusilados cuando gritaban las consignas que él también se repetía muchas veces. La mayoría de los presos en Alcalá de Henares eran comunistas.

P.- ¿No les hacían callar?

R.- No, no, no, no (niega mientras ordena sus recuerdos). Se conoce que era la única expansión que nos permitían (los guardias civiles). Sin embargo, en otra prisión... (anteriormente, con presos de guerra) cuando salían a la calle, a los caminos, les tapaban la boca, les pegaban culatazos, porque empezaban a gritar en la calle.

P.- Y a los carceleros... ¿los recuerda?

R.- Ahí (y condensa todos sus veinte años de experiencia carcelaria) había de todo. Había gente ¡más borde, más fascista, y más enemigos monstruosos...! Había gente profesional que procuraba no hacernos daño. Y había gente que estaba con nosotros (ríe en voz baja), aunque pareciera mentira.

P.- ¿Cuándo le llegó la noticia de la conmutación de pena?

La incertidumbre todavía es un recuerdo vivo. Los condenados a muerte seguían las noticias de las reuniones del Consejo de Ministros porque, normalmente, a la semana se sabía el resultado.

R.- Una noche, la del 9 al 10 de febrero (de 1945), estábamos tres en la celda. Nos acostamos con la inquietud de lo que iba a pasar. Oímos jaleo, y eso, de madrugada, (era) que había fusilamientos. Después llegan a mi celda, la abren, y veo en la puerta al director de la prisión. (...) Nos ponemos en pie. Teníamos que ponernos firmes. Y nombré primeramente a uno y después a otro de los que estábamos allí; ¡y si me deja allí es que me fusilan! (Acelera el relato, sin contar lo que les dijeron a los otros). El director preguntó: ¿cómo te llamas? Sergio..., ¿cómo te llamas? Fulano... ¿cómo te llamas? José Calderón... ¿José Calderón Salmerón? Sí. Dice: pues sal tú también. ¡Aaaaaah...! (Suspira, resopla tranquila y largamente, parece estar reviviéndolo, le cambia realmente el semblante, es muy feliz al recordar aquel instante, poco a poco se relaja del todo. No es para menos: se había librado de una muerte atroz).

P.- mmm

En verdad también yo suspiraba. Estaba visiblemente sobrecogido ante mi entrevistado y no era menester articular la pregunta siguiente. Tal es el deletéreo horizonte comunicativo de la historia oral, con sus virtudes y sus riesgos. El simple sonido ahogado de lo que es un lamento ante quien recuerda que se salvó del fusilamiento fue un paréntesis que, en este caso, ayudó a continuar.

R.- ¡Qué descanso! Notas así... (y se acaricia el estómago), una cosa..., ¡aaah! (le leyeron la decisión). La gracia del Generalísimo me cambió la pena de muerte por treinta años de prisión... Vuelves a la celda. Ya ves futuro, estudiar, lo otro... Al llegar allí todos los compañeros te reciben abrazándote.

P.- ¿Cómo un triunfo?

R.- Como un triunfo.

P.- Con la perspectiva de 30 años.

R.- A pesar de los 30 años. Creíamos que la cosa iba a ser más corta.

Así, transcrita, a pesar de las aclaraciones y comentarios, la entrevista pierde significación. Su audición permitiría captar la importancia comunicativa de los gestos, la dramatización de las escenas relatadas y sin embargo la mansedumbre de la voz, incluso con los recuerdos de las emociones más fuertes. Pero sí que se advierte en el discurso la suprema significación de una identidad colectiva, la de alguien que relata una actitud concreta ante la muerte. Es una suerte de *ars moriendi* supra-individual, humanizado, pero arrojado hacia fuera, como si tratara de otro combate, de una ofensa hacia el Poder que lo mata, y de una ofrenda hacia los otros, hacia los suyos que le escuchan gritar el ritual emocionado de sus últimos y más comunes deseos.

6.- LOS ENEMIGOS DE AYER, Y EL ENEMIGO DE AHORA

Cuando evocan su pasado como combatientes en la guerra o en las guerrillas, normalmente hablan del bando franquista utilizando la palabra “enemigo”. Casi nunca se refieren a “los fascistas”, excepto el comisario. El enemigo es el otro combatiente, el que está enfrente. Normalmente “el fascista” pero, como ocurrió cuando “lo del golpe de estado de Casado”, también puede llegar a ser un antiguo compañero, “al cual han engañado, contra el que no sientes el mismo odio político, pero que te va a liquidar si puede... cuando tú tienes un fusil y el de enfrente otro, intentas liquidarte al tío..., por instinto de conservación”, afirma Ezequiel. En el recuerdo se

evita al enemigo interno, por ejemplo al trotskista, hoy inexistente para ellos o incluso reconvertido teóricamente en un posible aliado³⁰. El verdadero enemigo endógeno era el desacierto de muchos, los que se dejaban arrastrar por la molicie, la indisciplina, la pasividad, el descontrol higiénico, etcétera.

El amigo de antes, al cambiar de actitud hacia la estrategia de resistencia, se convertía en un combatiente de los de enfrente, en “el enemigo”. Cuando el PCE se queda prácticamente solo frente a los que como Besteiro promueven una solución pactada con Franco, la imagen del enemigo se ha distorsionado: “sientes una sensación de derrota”. Ezequiel combatió en Madrid a los partidarios de Casado y cuenta que “en el espacio que va desde la Cibeles hasta el Ministerio de la Guerra... murió una cantidad enorme de gente”, gente con la que había estado combatiendo hasta entonces: “Y nos pararon, en Ventas nos detuvieron..., sentí que todo estaba perdido (...), sientes que la guerra ha terminado en contra nuestra”.

Hasta entonces, alentados por la propaganda política del PCE, no habían interiorizado la sensación de derrota. A pesar de las malas condiciones y hasta del “caciquismo” de los mandos que tenían a gente en la retaguardia sin necesitarla, el “deseo” de vencer y las primeras “incertidumbres” azuzaban a Andrés María viendo que no era factible la ayuda internacional que necesitaban. La esperanza de todos era que estallara el conflicto internacional porque “les favorecería”: “Y eso obedecía a consignas políticas. No se podía creer que la República española perdiera la guerra porque jurídicamente y moralmente tenía la razón... era inconcebible que pudiéramos perder la guerra”.

Otra actitud tenía Juan. También “pensaba de los fascistas que no obraban bien, todo lo peor que se puede pensar, con la idea de ganarles”, pero que era partidario de aceptar la derrota: “Iban activistas (al frente). Yo les decía: mira, no vengáis con historias ya, que yo ya miro más por mi vida que por la patria. ¡Qué tanto hacer propaganda políticamente! Si la guerra está perdida. Hubo jaleo en Madrid con los comunistas, se estiraron y demás (...) Se ha dicho que hay que firmar la paz, ¡pues ya está!”.

Se luchaba por “la República”. Era un ideal y, sobre todo al final, se convirtió en el verdadero aliento de la lucha contra los que la querían aplastar: “la democracia... aunque era importante... no era lo mismo”.

³⁰ En algunas publicaciones de las Brigadas Internacionales se llegó a pedir el “exterminio” de los “saboteadores” del POUM: vid. *Notre Combat*, periódico de la XV Brigada Internacional, años 1937-38 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

Sobre todo para los comunistas, estaba la idea que representaba el modelo soviético. Era una referencia obligada, un ejemplo a seguir. Era “el país donde los cuentos se convierten en realidad” según se difundía por *El Altavoz del Frente* el 29 de septiembre de 1938³¹. La estrategia, además de ganar la guerra, perseguía también objetivos políticos de cara a la gestión del poder republicano. Por eso se lanzaba obsesivamente la propuesta unitaria al PSOE, para que, siguiendo el ejemplo de las JSU, apoyara la creación del “Partido único del proletariado”, sin que ello tuviera que generar ninguna “contradicción con el Frente Popular”, ya que sería “su espina dorsal”. En ese tiempo de guerra el PCE entiende que la disidencia política es una provocación intolerable: “ninguna organización antifascista debe negar su apoyo al Gobierno, ni dirigir ataques contra el PC”³².

Esto último se obvia al recordar. Nuestros entrevistados fueron interiorizando el valor del discurso democrático y acabaron asumiendo el paradigma del presente, solapándolo sin diacronía a aquél que denunciaba el régimen de las “democracias burguesas occidentales”: “los comunistas siempre hemos luchado por la democracia”. En los mensajes del PCE, como en el ya citado discurso de la Pasionaria en Albacete, se mezclaban entonces varias imágenes que hoy, si echamos mano de anacronismos y presentismos o sociologismos tecnocráticos, podrían parecer no ya contradictorias sino incomprensibles y repugnantes. En efecto, la idea de “democracia” de entonces también estaba en guerra, para muchos contra el fascismo, y para no pocos contra el capitalismo y la injusta situación social que arrastraban las clases pobres, a favor de un proyecto absolutamente alternativo al modelo demoliberal. Por eso aparece la palabra democracia en un universo de vocablos políticos preñado de hostilidad, en el que brillan “la república de trabajadores”, “la revolución”, “el ejército popular”, “el socialismo”, “el comunismo”, “el anticapitalismo”, etcétera.

Lógicamente también se hablaba de “guerra al fascismo”, pero por traslación del marco ideológico a la realidad bélica del momento, casi siempre se asociaba a la idea de “guerra contra el capital”, contra la iglesia, etcétera. Era otra realidad y otros sentidos tenían los discursos: “hoy, el enemigo a batir es otro”, dice uno de los entrevistados que se muestra partidario de

³¹ *Altavoz del Frente. Revista para el pueblo en armas*, número 1 (segunda etapa), 29-IX-38 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas).

³² *Avanzada, Semanario comunista del Comité Provincial de Albacete*, en la portada del número 3 (AHN-Salamanca, Sección Guerra Civil, publicaciones periódicas). Además de pedir la unidad al PSOE y de exigir criterios claros a la CNT y a la FAI, la publicación comunista albacetense insistía en la necesidad de “limpieza de la retaguardia”, citando al POUM.

disolver el PCE en Izquierda Unida. Recuérdense una vez más que las entrevistas se realizaron en 1992. La hilazón histórica estaba clara. Está escrita. Pero tal vez a costa del desgarró, o de la sincronización ideológica de las memorias colectivas de antaño con las de después, aflorando obsesivas en el discurso de los que continuaron luchando junto a “la nueva generación de comunistas” por la libertad, la democracia y la justicia social.

No son éstas unas representaciones exclusivas del PCE. Perteneían, aunque matizadas, a un amplio espectro cultural y político bastante generalizado en aquel tiempo de guerra y revolución. Pero, aquella sensación que tuvieron los militantes del PCE tras luchar contra Casado, sentir que la guerra había terminado sobre todo en su contra, después de haberse enfrentado a muchos para que se mantuviera una política de resistencia a ultranza, es un estigma vivo en la memoria. Todavía alguno de ellos se repite a sí mismo que “Besteiro era un hijo de puta”, ilustrando el razonamiento de quien, en las cárceles franquistas notó que el conflicto interno en el Madrid de 1939, aquella guerra dentro de la guerra, “dividió terriblemente” a las izquierdas y las sumió en un enfrentamiento de todos contra los comunistas.

Para el guerrillero las leyes de la guerra cambiarían en la lógica y en la realidad de una lucha armada diseñada como estrategia pro-insurreccional. Importaba la imagen política del maquis en un doble sentido. Un efecto persuasivo hacia el poder. Y una proyección pro-activa del activismo que dinamizara a la población, sobre todo a los campesinos y camaradas que podían ayudar desde la legalidad y el riesgo. El régimen de Franco es el enemigo -eso sí- plasmado en las representaciones del terrateniente, contra el que realizaban “acciones punitivas económicas”; en las de la guardia civil, a la que tenían que hacer frente con las armas; en las de “los chivatos”, quienes por ser falangistas o incondicionales del régimen colaboraban con él delatando la presencia de la guerrilla en su zona. Franco, en verdad, era todo un rosario de enemigos materiales en concurrencia. Además, también podía llegar a ser “el enemigo” la indisciplina y los desvaríos individualistas de algún que otro compañero de guerrilla. Otra vez el enemigo interno, pero ahora mucho más perjudicial, porque es fuente de inseguridad y de recelo, aunque también de argumento modelador y justificador de comportamientos y de actitudes individuales y grupales poco edificantes.

Recordando que el resto de naciones dejó de discutir “el asunto español” se evocan “con tristeza” la ilusión y la frustración de aquella penosa vida en el maquis, un malvivir normalmente presidido por el temor, por la oscuridad de la noche, siempre vestidos “y entre el polvo”, a veces con enfermedades, huyendo en soledad y encontrando también unos rechazos

que “comprendían” aunque los sintieran “injustos hacia quien se jugaba la vida”. Sobrevinieron contradicciones entre el yo y el nosotros, entre algún guerrillero y la disciplina colectiva. Surgirían los “escrúpulos personales” en “acciones punitivas” encaminadas a la ejecución física de algún que otro enemigo. Andrés María habla de los “guardias civiles” que, cierta vez que estaba perfectamente escondido, podría haber matado el célebre guerrillero Chichango, “cuya fama de sanguinario” llegaba a todos los ambientes de oposición política que había en la provincia de Albacete.

Otro episodio ilustra bien la contradicción de actitudes que provocan estos recuerdos, la mezcla de sentimientos remotos y la utilización consciente que hoy se hace del pasado: hubo un guerrillero que optó por no ejecutar a la hermana de un “chivato”, porque ésta tenía un niño tomado entre sus brazos. Ese “compañero” fue censurado entonces por su “error”, por su “indisciplina”, porque “era un deber revolucionario” ejecutar a una mujer que “había participado en la delación de unos hombres, que murieron, y era un peligro”. Pero actualmente, “con la distancia del tiempo”, a pesar de continuar reivindicando el valor que históricamente se le ha dado a la disciplina política, se otorga racionalidad a “aquellos escrúpulos” y se juzgan como una actitud comprensible, por “humana”. Además, estos argumentos se esgrimen para contrarrestar las acusaciones que siempre se lanzaron contra los guerrilleros al enjuiciar su actividad como bandolerismo y terrorismo: “hoy, eso puede justificar que contestemos a la acusación de terroristas, si hubiéramos querido hubiéramos matado, porque teníamos la oportunidad (...). Y si se tuvieron escrúpulos, era porque había otros sentimientos”.

Sentimientos nuevos, ideas de siempre, discursos actuales, e incluso otros proyectos, otros sueños. Todo eso se entrecruzaba en la actitud de estos hombres cuando les hice las entrevistas, tras asistir al vertiginoso derrumbe de los regímenes del Este europeo. Calderón, Ezequiel y Andrés M^a hablaban del choque emocional que les produjo la disolución de la URSS. Se dijo que “eso” “ni era socialismo ni era comunismo”. Todos reconocían que hubo “errores”, que los dirigentes se burocratizaron y se alejaron de “las necesidades del pueblo”, aunque fuera por culpa de la presión a que fueron sometidos por los EEUU con la carrera armamentística. Los “americanos” cumplen la función de chivo expiatorio, aunque no para todos por igual. Algunos lanzaron sus resentimientos más directamente que otros contra los dirigentes del PCUS. No obstante, aunque pensaron en la necesidad de su transformación, nunca desearon ese final para una potencia que definían con las frases que escucharon tantas veces durante

sus luchas juveniles: “un frente del anticapitalismo”, “la vanguardia de la transformación de las sociedades”...

Juan no quería hablar del tema. Él no sentía lo mismo. Aquello era una dictadura y “por lo visto” ni había libertad ni “hacían las cosas bien”. En las entrevistas se nota que los otros tres lo vivieron muy malamente, que fue un trauma y una decepción “sobre todo ver la estatua de Lenin como caía y las banderas rojas quemadas”. El antiguo guerrillero se rebelaba contra la propia doctrina marxista del progreso histórico y confiaba en que “el péndulo de la historia vendrá otra vez a su sitio”, añadiendo ucronía a su sueño utópico. De todas formas se aquilataban los malos sentimientos cuando miraban hacia atrás. “Yo nunca olvidaré que las armas con las que he luchado eran rusas”, pero rápidamente argumenta Ezequiel que el PCE no ha estado demasiado vinculado a la URSS y que incluso ha criticado aspectos de su política exterior.

Andrés María dice que mucha culpa la tienen los medios de comunicación del “gran capital”, que han manipulado las mentalidades de los ciudadanos soviéticos y han trastocado la imagen que de la URSS se proyectaba hacia occidente. Algunos que visitaron la URSS hace años comentaban que la “corrupción” era plausible, que “no se daba ni golpe” y que era necesario un cambio como el promovido por la perestroika. La memoria condiciona sus actitudes. José Calderón descubría su “amargura” porque sentía que todo el trabajo realizado en España durante los largos años de la oposición antifranquista lo habían desprestigiado aquellos lejanos comunistas “con su gran corrupción” (“todo nuestro esfuerzo... ha sido casi inútil”).

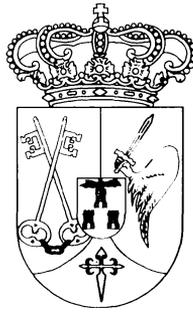
La memoria colectiva se desgarraba totalmente ante las perspectivas políticas del proyecto comunista por el que habían luchado en el Estado español, ante el debate sobre la posible disolución del PCE en la coalición Izquierda Unida (IU). Para Andrés María el Partido Comunista Francés (PCF) “es el único que se enfrenta a la ultraderecha, y aunque sólo fuera por eso... tiene que seguir existiendo (...), evolucionando y adaptándose”. Parecido diagnóstico hace del PCE, del que recuerda sus gestas “heroicas” en la Guerra Civil y después, en la clandestinidad. “Un pasado al que no se debe renunciar”. Con amargura comenta que las mismas acusaciones que la derecha francesa lanza al PCF (“monolítico, autoritario, anticuado, dinosaurio...”) “se las escuché a Ramón Sotos el año pasado (en 1991), en una discusión que tuvimos bastante agria”³³.

³³ Ramón Sotos, militante y dirigente comunista desde los primeros años de la transición política, era en 1992 diputado provincial de IU en Albacete. Después abandonaría esa coalición con el grupo de Nueva Izquierda.

Para Ezequiel, en cambio, aunque él sigue siendo comunista, el PCE “como instrumento, no es eficaz ya”. Lo decía en 1992, cuando compartía la opinión de sus camaradas más jóvenes: “la sociedad que vio nacer al PCE ya no es la misma”. La imagen del “enemigo” es otra. Antes hubiera abominado, por ejemplo, de “los cristianos, pero, ahora...”, alabando la teología de la liberación, y evocando la militancia cristiana de un famoso dirigente de IU, señala complacido: “mira a José Eduardo”³⁴. Juan, nuevamente, al margen ya de militancias pasadas, tenía otro parecer, identificable en muchas más personas de su misma edad. Recordaba los tiempos del Frente Popular y pensaba que la izquierda tendría que estar unida (“Julio Anguita debería apoyar a Felipe González”).

A todos les quedaba la memoria, la historia vivida que vieron ilustrada en libros y documentos, en los que sabían que eran poco más que un número entre las grandes cifras de combatientes y de supervivientes. He pretendido demostrar que, además, tenían la voz y una sensibilidad poco investigada por la historiografía. Afortunadamente, aunque no todos ellos, aún la tienen. Puede que algunos lectores despachen el recorrido que acabamos de hacer por las actitudes de estos hombres con sentencias breves sobre el dogmatismo de unos o tal vez sobre la poca firmeza de otros. Además de injustos, soslayando la riqueza de sentimientos e ideas que se esconde tras estos testimonios, esos juzgadores demostrarían estar presos o de esquemas caducados sobre lo político o de una de las tendencias niveladoras del pensamiento actual: la de tildar a los demás de dogmáticos sin mirarse antes en el espejo, sin matizar, o sea, dogmáticamente. Aporías de un presente acaso demasiado descreído.

³⁴ José Eduardo Martínez Valero, militante de grupos cristianos de base, era en 1992 concejal independiente por el grupo de IU en el Ayuntamiento de Albacete. Actualmente pertenece a Nueva Izquierda, el grupo político que ha concluido un proceso de fusión con el PSOE.



DIPUTACION DE ALBACETE